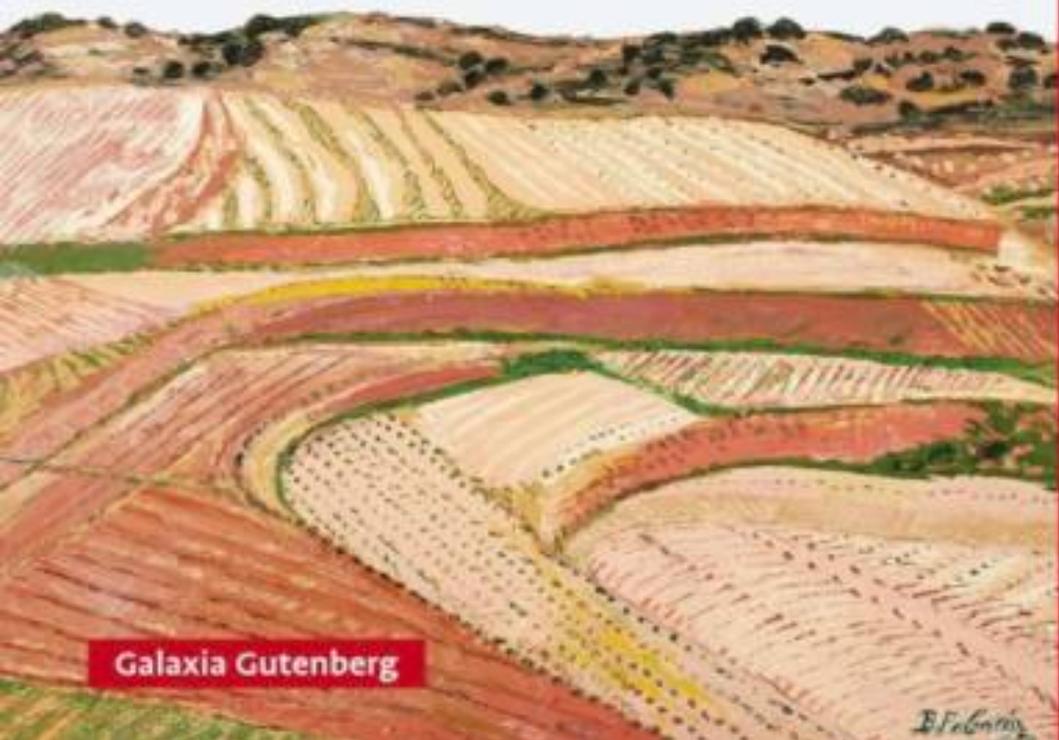


Juan Pablo Fusi

# Espacios de libertad

La cultura española bajo el franquismo  
y la reinención de la democracia  
(1960-1990)



Galaxia Gutenberg

*J.P. Fusi*

## Juan Pablo Fusi Aizpurúa

(San Sebastián, 1945) es actualmente catedrático emérito de la Universidad Complutense de Madrid. Formado en Oxford, con Raymond Carr, entre 1976 y 1980 fue director del Centro de Estudios Ibéricos del St. Antony's College de esa universidad, catedrático luego de las universidades de Cantabria, País Vasco y Complutense, y de 1986 a 1990 director de la Biblioteca Nacional (Madrid). Ha sido director académico del Instituto Universitario Ortega y Gasset y de la Fundación Ortega y Gasset desde 2001 a 2006. Ha publicado, entre otros libros, *El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad* (1983); *Franco, autoritarismo y poder personal* (1985); *España 1808-1996. El desafío de la modernidad* (con Jordi Palafox); *España. La evolución de la identidad nacional* (1999); *La patria lejana. El nacionalismo en el siglo xx* (2003); *Identidades proscritas. El no nacionalismo en sociedades nacionalistas* (2006); *El espejo del tiempo* (2009) e *Historia del mundo y del arte en Occidente* (2014), ambos con Francisco Calvo Serraller; *Historia mínima de España* (2012); *Breve historia del mundo contemporáneo* (2013); *El efecto Hitler* (2015) y *Breve historia del mundo. De la Edad Media hasta hoy* (2016). Es miembro de Jakiunde (Academia Vasca de Ciencias, Artes y Letras) y desde 2015, de la Real Academia de la Historia.

Exaltación nacionalista, glorificación del espíritu y los valores militares, ferviente catolicismo, hispanidad y preferencia por formas y estilos clásicos y tradicionales fueron los principios que en un primer momento definieron la cultura franquista. En los años de la posguerra, por lo general el arte público fue militante y conmemorativo, la literatura y el cine extremadamente ideologizados, mera propaganda, y la historiografía en los años cuarenta retóricamente nacionalista. La Iglesia monopolizó la educación, ejerció la censura moral de espectáculos y libros, y mantuvo prensa, editoriales y medios de comunicación propios. En ese contexto, el cambio cultural que fue produciéndose en España desde la década de 1960 fue un hecho histórico de importancia considerable.

Protagonizada pronto por personalidades y obras de indudable interés, la cultura española supo conquistarse, a *pesar* del franquismo, ámbitos propios de libertad. Todo ello supuso nuevas formas de entender y de explicar la realidad: nuevas formas también de repensar España. Con unas ciencias sociales interesadas en la democracia como sistema, la cultura española tuvo así función formativa en la reinvención, y por tanto en la recuperación, de la democracia en España.



Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: septiembre 2017

© Juan Pablo Fusi Aizpurúa, 2017  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017  
Imagen de portada: *Paisaje*, Benjamín Palencia, 1970  
© Benjamín Palencia, VEGAP, Barcelona, 2017.  
Procedencia de la imagen: Banco  
de Imágenes de VEGAP

Conversión a formato digital: María García  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-797-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

## Prólogo

Este libro es básicamente –con muy pocas alteraciones, las más de ellas por razones editoriales– el discurso que leí el día 13 de diciembre de 2015 en el acto de recepción en la Real Academia de la Historia. En razón del nuevo formato, he prescindido, por un lado, de las palabras de cortesía y agradecimiento hacia los miembros de dicha Real Academia que entonces pronuncié –y de las de elogio hacia quien llevó previamente la misma medalla que ahora me correspondía, Gonzalo Anes y Álvarez de Castrillón (1931-2014)–, y por otro lado, de las palabras de contestación al discurso que pronunció la misma directora de la Academia, Carmen Iglesias Cano. Por eso mismo, quiero que también ahora, en esta edición, mi primera palabra esté dirigida a ellos –directora y miembros de la Real Academia de la Historia– y que esa palabra vuelva a ser, como el 13 de diciembre de 2015, gratitud.

He añadido una Introducción, «La posguerra como circunstancia», a fin de que pueda entenderse mejor el contexto a partir del cual el pensamiento y la cultura españoles, o parte de ellos, iniciaron el largo camino por y hacia la conquista de lo que llamo *espacios de libertad*, y que pueda así estimarse su contribución (el poder de las ideas) a la recuperación de la democracia en España. En la Introducción aparece breve pero destacadamente el regreso, en buena medida fallido, de José Ortega y Gasset a España en 1945. Aparece por dos razones: porque dado el indiscutible liderazgo intelectual que Ortega ejerció en España en-

tre 1914 y 1936, las dificultades que sus iniciativas –y lo que importa más: su pensamiento, sus ideas– encontraron en la España de la posguerra adquieren significación, valor demostrativo, especiales e inapelables; y porque creo que todo intelectual español está obligado a hacer –cualquiera que sea la ocasión– la experiencia orteguiana, esto es, pronunciarse en torno al pensamiento y la obra orteguianas. En cualquier caso, el regreso de Ortega a España en 1945 interesa al historiador ante todo como síntoma.

Este libro no es una historia de la cultura española entre 1960 y 1990. El objeto del estudio es, o eso espero, muy claro: ver cómo el pensamiento y la cultura españoles –el ensayo, la literatura, la historiografía, las ciencias sociales, el arte– fueron replanteándose en aquellos años la realidad problemática del país; y cómo fueron creando, al hilo de ello, nuevos lenguajes para repensarlo, y para, por extensión, reinventar la democracia.

J. P. F.

## INTRODUCCIÓN

## La posguerra como circunstancia

«La voz de Unamuno –escribió José Ortega y Gasset en *La Nación* de Buenos Aires el 4 de enero de 1937, pocos días después de conocer, ya exiliado en París, la muerte del escritor bilbaíno– sonaba sin parar en los ámbitos de España desde hace un cuarto de siglo». «Al cesar para siempre –añadía–, temo que padezca nuestro país una era de atroz silencio».<sup>1</sup>

Ortega no se equivocó. Ciertamente, intelectuales y escritores falangistas, monárquicos y católicos habían apoyado el levantamiento militar de 1936, y se habían incorporado tras la guerra civil, algunos de forma destacada, en el nuevo régimen español nacido de la guerra, en la dictadura de Franco (1939-1975). La vida cultural del nuevo régimen produjo, igualmente, desde la misma posguerra, iniciativas culturales positivas (la Quincena Musical de San Sebastián, la creación de la Orquesta Nacional, los festivales de música de Santander y Granada,...), y publicaciones y obras de interés: la revista *Escorial*, el *Concierto de Aranjuez* de Joaquín Rodrigo, el teatro de humor de Enrique Jardiel Poncela, la alta comedia de Agustín de Foxá, Edgar Neville y José María Pemán, *Tres sombreros de copa* de Miguel Mihura, *La muralla* de Joaquín Calvo Sotelo, novelas de Ignacio Agustí, Juan Antonio Zunzunegui, Torcuato Luca de Tena, Darío Fernández Flórez, José María Gironella y otros. La misma cultura de masas –toros, fútbol, radio, canción popular, teatro, zarzuela, cine, literatura extranjera, literatura de quiosco, musicales o «revistas» seudo-eróticas...–, que fue

sin duda el verdadero instrumento de la educación sentimental de la España (pobre, subdesarrollada) de la posguerra, y que creaba, en palabras de Carmen Martín Gaité, un «silencio artificial» sobre los problemas reales del país,<sup>2</sup> generó los mitos y éxitos populares (el torero Manuel Rodríguez *Manolete*, los futbolistas Telmo Zarra, Larbi Ben Barek, Ignacio Eizaguirre, Luis Molowny y luego Alfredo Di Stéfano y Ladislao Kubala; campeones del ciclismo y del boxeo, el folclorismo y la canción andaluzes, canciones sentimentales, el film religioso *Marcelino pan y vino* de 1954, el humorista Miguel Gila, la novela «rosa» de Corín Tellado, las novelas de *El Coyote* de José Mallorquí y los populares «seriales» o novelas radiofónicas), necesarios al entretenimiento colectivo y al sostenimiento del pulso de la vida cotidiana.

Pero como quiera que se valore todo ello, el hecho fue que el régimen de Franco supuso, en efecto, el fin del excepcional momento cultural que España había vivido en los primeros treinta años del siglo xx, y del que Miguel de Unamuno y Ortega y Gasset habían sido, como se sabe, parte muy principal. La enseñanza, la educación, la universidad – esto es, miles de maestros y centenares de profesores de instituto y universidad– fueron, tras la guerra (o al hilo de ella) depurados. Prohibida la prensa liberal y republicana, el nuevo régimen se dotó de un importante aparato de medios de comunicación de propiedad pública –unos cuarenta diarios, Radio Nacional, la cadena de radio del Movimiento, las agencias EFE y Pyresa, Editora Nacional–, al servicio, obviamente, de sus intereses y de su propaganda: prensa y medios de comunicación, públicos o privados, iban a funcionar además (Ley de 22 de abril de 1938) sobre la base de censura previa y consignas oficiales. Desde 1942, los cines fueron obligados a proyectar, antes de cada sesión ordinaria, un noticiario oficial, el NO-DO (Noticiarios y Documentales Cinematográficos), igualmente propagandístico. Aunque existiera un amplio sector radiofónico privado, el

régimen retuvo hasta 1975, a través de Radio Nacional, creada en 1937 en Salamanca, el monopolio de la información de las noticias nacionales e internacionales.

El clima de la guerra civil se prolongó en un arte militante y conmemorativo (retratos y estatuas de Franco, iconografía de la guerra, monumentos a los caídos y héroes de la contienda), en una bibliografía beligerante de exaltación de los vencedores en aquella (como la *Historia de la Cruzada Española*, en ocho volúmenes, publicada entre 1939 y 1943) y en una literatura –poesía, novela– y una cinematografía ideologizadas, belicistas, propagandísticas, mera glorificación heroica de los vencedores.<sup>3</sup> La arquitectura oficial tomó por modelo preferente el estilo herreriano de El Escorial, símbolo de la España de los Austrias, como evidenciaron el Ministerio del Aire de Madrid (1942-1951), de Luis Gutiérrez Soto, y el Colegio Mayor José Antonio de la Ciudad Universitaria madrileña (1948-1953), de José Luis de Arrese y José María Bringas. El Arco del Triunfo (1956), de Modesto López Otero y Pascual Bravo, el Instituto de Cultura Hispánica (1940-1951), de Luis Martínez-Feduchi, ambos en esa misma Ciudad Universitaria, y la grandilocuente Universidad Laboral de Gijón (1946-1950), obra de Luis Moya, se inspiraban en el clasicismo. El Museo de América y la iglesia de Santo Tomás de Aquino (1942), de Moya y Martínez-Feduchi, también en el recinto de la Universidad de Madrid (donde el régimen había proyectado una magna «cornisa imperial», de acuerdo con sus gustos estético-políticos), imitó la arquitectura colonial. El Valle de los Caídos, obra de Pedro Muguruza –el gigantesco mausoleo para los «caídos» en la guerra «por Dios y por España», cuya construcción, supervisada por Franco, necesitó casi veinte años, entre 1940 y 1959, y el trabajo de unos veinte mil hombres, muchos de ellos presos políticos– resumió aquella combinación de exaltación nacional-religiosa y aparatosa grandilocuencia del primer franquismo: una grandiosa basílica horadada en la roca, rematada por una gigantesca cruz de

150 metros de altura, a cuyo pie, tallado en granito, se adosaba un grupo de cuatro evangelistas, también gigantescos, obra del escultor Juan de Ávalos.

La historiografía de los años cuarenta promovió la exaltación del pasado «oficial»: el pasado hispano-romano y visigótico, la idea del papel central de Castilla en la formación de España como nación, los Reyes Católicos, el cardenal Cisneros, el descubrimiento y la obra en América, la Contrarreforma, Carlos V, Felipe II, la España imperial. Adoptados en su día por las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) y Falange Española, el yugo y las flechas de los Reyes Católicos fueron incorporados a la iconografía oficial como símbolos del nuevo Estado. En 1940, se creó un Consejo de la Hispanidad (desde 1946, Instituto de Cultura Hispánica) para promover la presencia española en el mundo hispánico: el americanismo pasó a ocupar así una posición de privilegio en la historiografía española. El régimen rechazó siempre las tesis de Américo Castro, expuestas desde el exilio, en su obra *España en su historia. Cristianos, moros y judíos* (1948) –reeditada en 1954, en edición muy ampliada, con el título de *La realidad histórica de España*–, sobre la confluencia de las culturas cristiana, islámica y judía en la formación de España (tesis contestadas, también en el exilio, por Claudio Sánchez-Albornoz en *España. Un enigma histórico* (1956), en la que fue la polémica más intensa y apasionada de la historia de la historiografía española). El siglo XVIII, tan estimado por la tradición liberal, fue ahora marginado, o reinterpretado en clave católica, y el XIX, abiertamente rechazado (salvo la guerra de Independencia de 1808-1813) como siglo del liberalismo que había desembocado en la República de 1931-1936: «El siglo XIX –dijo Franco en un discurso en Baracaldo el 21 de junio de 1950– que nosotros hubiéramos querido borrar de nuestra historia, es la negación del espíritu español».<sup>4</sup>

La cultura católica adquirió un papel excepcional y dominante. La Iglesia, que ejerció una rígida censura moral

sobre espectáculos y libros, mantuvo su prensa (como el diario *Ya* de Madrid), su propia escuela de periodismo, sus emisoras de radio y sus editoriales. La arquitectura religiosa experimentó un renacer muy notable (algunos ejemplos: Monumento a los Caídos y Seminario Conciliar de Pamplona, ambas obras de Víctor Eusa; las iglesias de la Merced, de Francisco Javier Sáenz de Oiza, y San Agustín, de Luis Moya, en Madrid; la Iglesia de la Asunción en Málaga, de Casto Fernández Shaw; la capilla, obra de Pedro Muguruza, y la gran estatua del Sagrado Corazón, de Federico Coullaut-Valera, en el monte Urgull de San Sebastián). Libros como *La imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, el devocionario popular del padre Remigio Vilariño, los misales de los padres Lefebvre y Luis Ribera, el «misalito» de la Editorial Regina, o como *Camino*, del fundador del Opus Dei, monseñor Josémaría Escrivá de Balaguer, y las vidas de santos y similares, alcanzaron tiradas extraordinarias. *Quo Vadis?* de Henryk Sienkiewicz y *Fabiola* del cardenal Nicholas Wiseman fueron dos de las novelas más leídas por los jóvenes españoles de clase media de los años cuarenta y cincuenta.

La Iglesia, no la Falange, monopolizó de hecho la educación en la España de Franco. La Ley de Ordenación de la Universidad española de 1943 puso la universidad al servicio de la religión católica. La filosofía católica reemplazó a la filosofía de Ortega y Gasset como filosofía «oficial»: el pensamiento integrista o escolástico monopolizó la docencia superior hasta prácticamente finales de la década de 1950. Numerosas cátedras universitarias fueron, en efecto, ocupadas por sacerdotes y miembros de organizaciones católicas, como la Asociación Católica de Propagandistas y el Opus Dei, que, inicialmente, tuvo además fuerte presencia en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el instituto de investigación superior creado en 1939 para reemplazar a la disuelta Junta para Ampliación de Estudios,

símbolo previamente de la educación científica y liberal española.

Ortega y Gasset no tenía sitio en aquella España. Regresó al país, tras nueve años de exilio, en agosto de 1945. No quiso, sin duda, resignarse a un exilio sin esperanza, necesitaba además, como diría Julián Marías, vivir entre españoles<sup>5</sup> (y recuperar su entorno familiar). Entró en España, y ello ya fue significativo, muy discretamente: cruzó la frontera portuguesa en un automóvil privado (con su hijo José Ortega Spottorno y el amigo de éste José Torán) y se dirigió por Ciudad Rodrigo a Mayorga de Campos, a la finca de su hija Soledad Ortega y su yerno José Varela; en el otoño –tras haber pasado parte del verano en Zumaya, uno de sus lugares preferidos–, se estableció ya en Madrid.<sup>6</sup>

No se reincorporó a la vida oficial (ni siquiera se reintegró a la universidad, pese a que se lo propuso en su momento el ministro de Educación Joaquín Ruiz-Giménez: no existía ya la universidad en la que Ortega había sido catedrático, de Metafísica, desde 1910). Con todo, Ortega reanudó pronto su vida intelectual: primero, el 4 de mayo de 1946, dio una conferencia, «Idea del teatro», en el Ateneo de Madrid; luego, en el verano de 1947, impartió un curso de cuatro lecciones sobre Velázquez en San Sebastián. Lo más importante: en 1948 promovió, junto con Julián Marías, un Instituto de Humanidades, una institución cultural privada para el desarrollo de conferencias, coloquios, seminarios y cursos académicos. Concretamente, Ortega impartió dos cursos y un seminario: los cursos «Una interpretación de la Historia Universal. En torno a Toynbee» (1948-1949) y «El hombre y la gente» (1949-1950), y el seminario «Goya». Pronunció, además, en noviembre de 1949, una conferencia en la librería Buchholz de Madrid. Eso fue todo. En 1950, y como consecuencia de las dificultades oficiales y oficiosas (y ataques) con que tropezó el Instituto, Ortega cesó toda actividad pública en España.<sup>7</sup>

El retorno de Ortega fue, pues, un semirregreso, un regreso discreto e intermitente. Ortega siguió, así, reteniendo su residencia en Lisboa (donde pasó prácticamente todo el año 1947, escribiendo *La idea de principio en Leibniz*, posiblemente su libro filosóficamente más sistemático y que se publicó póstumamente). Desplegó al tiempo una amplia actividad académica internacional: conferencias, coloquios, congresos... En 1949, viajó primero, en julio, a Aspen (Colorado) y luego a Berlín, donde el 5 de septiembre pronunció su conferencia *De Europa Meditatio Quaedam (Una meditación sobre Europa)*. De 1951 a 1953, pasó largas temporadas en Alemania (Stuttgart, Múnich, Hamburgo, Darmstadt) y Suiza (Ginebra, Zúrich) y viajó a Edimburgo y Londres. El mes de febrero de 1954 lo pasó en Alemania; abril, en Lisboa; mayo, en Marburgo, la ciudad en cuya universidad se había formado como filósofo. En otoño de aquel año viajó a Torquay. En mayo de 1955, en su último viaje fuera de España, estuvo en Venecia, invitado por la Fundación Cini, donde habló (21 de mayo) sobre «La Edad Media y la idea de nación», su última intervención pública.<sup>8</sup>

El Ortega crepuscular –cuando regresó a España en 1945 tenía sesenta y dos años– seguía siendo un gran Ortega. Además de reediciones de sus obras, publicó *En torno a Galileo* (1947), versión ampliada de *Esquema de la crisis*, que había publicado en 1942 sobre textos de un curso de 1933, *Papeles sobre Velázquez y Goya* (1949) y un conjunto no pequeño de prólogos, artículos y fragmentos de sus conferencias. Póstumamente aparecieron *De Europa Meditatio Quaedam*, *El hombre y la gente*, *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva* y *Sobre una nueva interpretación de la Historia Universal*. Los temas que le ocuparon en su última navegación seguían teniendo valor filosófico trascendente: razón histórica, idea de nación, Europa, Goethe, la biografía como realidad esencial (el tema de sus ensayos sobre Velázquez y Goya), la estructura

de la sociedad (usos, vigencias, los otros y yo, la vida personal...).

Los temas de Ortega no eran, obviamente, los temas – exaltación de lo nacional, reafirmación del pensamiento católico– de la España de Franco. Como el propio Ortega había anticipado, España había entrado desde 1939 en una etapa, en un tiempo, de desolador silencio. La recuperación de la vida intelectual –recuperación siempre difícil, sin duda contradictoria, a menudo insuficiente– que, como veremos en todo lo que sigue, iba a producirse desde mediados de la década de 1950 constituyó, por obvias razones, un hecho histórico admirable y sin duda fundamental.

---

1. José Ortega y Gasset, «En la muerte de Unamuno», *La Nación*, 4 de enero de 1937, en José Ortega y Gasset, *Obras Completas*, tomo V, 1932-1940, Madrid, Fundación Ortega y Gasset / Taurus, 2006, p. 411.

2. Carmen Martín Gaité, «Cuarto a espadas sobre las coplas de posguerra», *Triunfo*, 18 noviembre de 1972. Véase de la misma autora *Usos amorosos de la posguerra española*, Barcelona, Anagrama, 1987, y Manuel Vázquez Montalbán, *Crónica sentimental de España*, Barcelona, Espasa Calpe, 1986.

3. Poesía: VV. AA., *Corona de sonetos en honor a José Antonio Primo de Rivera* (1939); *Poema de la bestia y el ángel* (1938), de José María Pemán; *Poesía en armas* (1940), de Dionisio Ridruejo. Novela: *Retaguardia* (1937), de Concha Espina; *Madrid, de corte a checa* (1938), de Agustín de Foxá; *Madridgrado* (1939), de Francisco Camba; *Se ha ocupado el kilómetro 6* (1939), de Cecilio Benítez de Castro; *Checas de Madrid* (1940), de Tomás Borrás; *Cristo en los infiernos* (1941), de Ricardo León; *Eugenio o la consagración de la primavera* (1938) y *La fiel infantería* (1943), ambas de Rafael García Serrano;. Cine épico-militar: *Harka* (1941), de Carlos Arévalo; *Raza* (1941), de José Luis Sáenz de Heredia; *¡A mí la Legión!* (1942), de Juan de Orduña, y muchas otras. Cine histórico-imperial: las cuatro películas de Juan de Orduña: *Locura de amor* (1948), la historia trágica de Juana, la hija de los Reyes Católicos; *Agustina de Aragón* (1950); *Alba de América*, sobre Colón, y *La leona de Castilla*, ambas de 1951; *Inés de Castro* (1944), de Manuel Augusto García Viñolas y José Leitao de Castro; *Los últimos de Filipinas* (1945), de Antonio Román, etcétera.